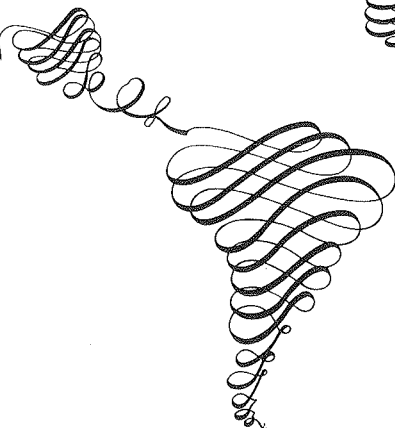




¿Inacción programada?

VA a cumplirse medio año desde que se celebraron las elecciones y, salvo lo que pueda entreverse de austeridad a través de la Ley de Presupuestos, los ciudadanos no sabemos a estas alturas qué medidas concretas adoptará el Gobierno para afrontar la crítica situación de nuestra economía. Esto es tanto más grave cuanto la principal razón que esgrimió Felipe González para disolver anticipadamente las cámaras fue la de que necesitaba renovar la confianza para hacer frente a los retos inmediatos y graves que ya le acuciaban entonces. Los ciudadanos, a regañadientes y quizá como mal menor, le ratificaron en el cargo, se sobreentendía que para una acción contundente inmediata. Por ello sorprende más el vacío de actos decisivos del Gobierno. La inacción gubernamental ha hecho que algunos hayan atribuido al ejecutivo aquello que, con razón o sin ella, se atribuía a Franco: que tenía dos cajones en su escritorio, uno en el que guardaba los problemas que no tenían solución y otro en el que archivaba los asuntos que el tiempo resolvería.

A nadie se le ocultan las dificultades que encuentra el Gobierno, pero ello no justifica su prolongada inacción. Le han crecido los enanos dentro de su propio partido y, salvo la escisión formal, ya nada falta para que pueda certificarse que el antiguo tándem perfecto —felipismo-guerrismo— no sólo ha dejado de funcionar, sino que sus miembros recíprocamente se vapolean. La conciencia de que un sector del PSOE hace

labor de zapa hizo decir a Felipe González en el Congreso del Partido Socialista andaluz que «él estaba disponible para seguir o para abandonar», convencido como está de que, sin el respaldo en bloque de su partido, no puede actuar. El pacto con los nacionalistas es mucho más duro y condicionado de lo que al principio supuso el Gobierno. La cooperación con el PP, a pesar de la larga entrevista entre Aznar y González, no es fácil y en muchos aspectos resulta inviable, dados los resultados obtenidos por el primer partido de la oposición y el arrepentimiento de un veinte por ciento de los votantes socialistas que detecta las encuestas. Con todo ello debió contar el presidente antes de prometer lo que quizá no podía prometer.

PERO, lo que seguramente explica mejor la inacción gubernamental no son las dificultades parlamentarias y de partido, sino las dificultades reales: ante el déficit presupuestario, que nos acerca peligrosamente a ese 60 por 100 que nos descalificaría para entrar en la Unión Monetaria Europea; ante el volumen de la deuda por la que debemos pagar casi tres billones de intereses al año (casi ocho mil millones por día); ante la progresiva caída del empleo; ante la lógica de la multinacional Volkswagen cuyas preferencias por Skoda trasladan el paro alemán a la factoría de Seat en la zona franca; ante la imposibilidad de dotar al ejército para que pague sus maniobras o a la guardia civil para que mantenga un mínimo de vigilancia en las zonas rurales. En definitiva, ante la profundidad del pozo en el que estamos, este Gobierno y probablemente cualquier otro carece de soluciones. La gestión del presupuesto aprobado en el Congreso no deja margen de maniobra, puesto que de los 28 millones presupuestados, unos trece son de asignación forzosa para el pago de los intereses de la deuda y para satisfacer derechos adquiridos de pensionistas y Seguridad Social.

Otra fuente explicativa de la prolongada espera de medidas decisorias es precisamente la incertidumbre de su resultado: arbitrar fondos coyunturales para salvar Seat ¿sería un puente para hacer reflotar la empresa, o un bálsamo que encontraría más la herida?; engordar el endeudamiento para relanzar keynesianamente la actividad productiva ¿podría hacerse sin

arriesgarse a provocar la bancarrota del Estado?; distribuir el escaso trabajo o, en el otro extremo, incrementarlo para provocar excedentes ¿garantizaría el crecimiento de la demanda interna, o el incremento de los stocks?; imponer, contra los sindicatos, recortes salariales y mermas de prestaciones ¿podría conducir a otro puerto que no fuera el calentamiento de la calle y posiblemente la convocatoria de elecciones?

ANTE la dura realidad y la incertidumbre de cualquier medida el Gobierno da la impresión de dar largas, de eternizar las negociaciones con los sindicatos, de esperar que las responsabilidades recaigan sobre Europa, a la que el ministro Solana atribuía recientemente un papel casi exculpado para la ineficacia española. Todo ello lo perciben muchos ciudadanos como maniobras diversorias, como un esperar a un Godot que nunca llega, como un transitar por la oscuridad en la confianza de que otros terminarán por encender la luz.

No creemos que el Gobierno carezca de valor, puesto que lo demostró en el pasado al adoptar medidas, como la reconversión industrial, el decretazo o la convergencia con Europa, que podrían haberle enajenado millones de votos.

Nadie tiene fórmulas tampoco en los otros países de la Comunidad Europea, pero vemos al menos que el señor Balladur en Francia presenta planes concretos y que el señor Kohl en Alemania se arriesga incluso a proponer que se

trabaje los sábados y que la gente se jubile a los sesenta años. No sabemos si esas medidas son peores que las no medidas.

Pero lo que no cabe es mantener a los ciudadanos en el caos y dar la impresión de que la inacción es programada. El Gobierno debe dar cuenta al país de su inacción y, si carece de ideas y soluciones, debe confesarlo ante toda la ciudadanía.

No nos basta con que nos diga que no puede hacer milagros; eso ya lo sabemos y nadie se lo exige. Tenemos derecho a conocer las alternativas sopesadas, las razones de su no aplicación y los riesgos que cada una de ellas comportaría,

caso de llevarse a la práctica. No se gobierna para la eternidad. Y si alguien cae en esa tentación, no puede hacerlo impunemente.